

CARTA CANTA (1)

¿Qué son las convulsiones de una ciudad al lado de los motines del alma? El hombre tiene aún más profundidad que el pueblo. Juan Valjean en aquel momento sentía en su interior una conmoción violenta. El abismo se había vuelto á abrir para él y temblaba como París en el umbral de una revolución formidable y oscura. Algunas horas habían bastado para que su destino y su conciencia se cubriesen de opacas sombras. Y podía decirse de él como de París: los dos principios se encuentran uno en frente del otro: el ángel de la luz y el ángel de la noche van á luchar cuerpo á cuerpo al borde del abismo. ¿Cuál de ellos precipita al otro? ¿Quién vencerá?

La víspera de aquel día Juan Valjean, acompañado de Cosette y de Santos, se había instalado en la calle del Hombre Armado: una nueva peripecia le esperaba allí.

Cosette no había abandonado la calle Plumet sin cierta resistencia. Por primera vez, desde que vivían juntos, la voluntad de Cosette y la de Juan Valjean

(1) No encontramos mejor modo de traducir el juego de palabras *Buward, bavard*, que sirve de epígrafe á este capítulo.

se habían presentado distintas y se habían contradicho, si no opuesto había habido objeciones por un lado é inflexibilidad por otro. La seca orden *Mudaos*, dada por un desconocido á Juan Valjean, le había alarmado hasta el punto de hacerle absoluto: se creía ya descubierto y perseguido. Cosette había tenido que ceder.

Ambos habían llegado á la calle del Hombre Armado sin despegar los labios, sin hablar una palabra, absortos cada uno en su meditación personal. Juan Valjean, tan inquieto, que no veía la tristeza de Cosette. Cosette, tan triste, que no veía la inquietud de Juan Valjean.

Juan Valjean había mandado seguirle á Santos, lo que no había hecho nunca en sus ausencias anteriores; preveía tal vez que no había de volver á la calle Plumet, y no podía, ni dejar á Santos detrás de sí, ni decirle su secreto, aunque la creía fiel y segura; pero desde la criada á la señora, la traición empieza por la curiosidad. Mas Santos, como si estuviese predestinada á servir á Juan Valjean, no era curiosa. Se decía en medio de su tartamudeo, en su lenguaje de la provincia de Barneville:—Yo soy así: yo hago mis cosas y lo demás no me importa.

En aquella mudanza de la calle Plumet, que había sido casi una huida, Juan Valjean no había llevado más que la maletita embalsamada, bautizada por Cosette con el nombre de *inseparable*. Otros bultos habrían exigido mozos y los mozos son testigos: había mandado ir un coche á la puerta de la calle de Babilonia y en él se habían trasladado.

Solamente Santos consiguió empaquetar, con algún obstáculo, alguna ropa blanca, vestidos y algunos objetos de tocador. Cosette no había llevado más que su papelera y su cartapaño.

Juan Valjean, para aprovecharse todo lo posible

de la soledad y ocultar su desaparición, no había querido dejar el pabellón de la calle Plumet hasta que cayese la noche, lo que había dado tiempo á Cosette para escribir la carta á Mario. Cuando llegaron á la calle del Hombre Armado, era ya muy de noche.

Se habían acostado silenciosamente.

La nueva habitación estaba situada en un patio interior; era un segundo piso, compuesto de dos alcobas, un comedor y una cocina al lado del comedor, y con un camaranchón, en que había una cama de tijera, que se destinó para Santos. El comedor era al mismo tiempo recibidor, y separaba las dos alcobas; el cuarto tenía todos los muebles necesarios.

La confianza se apodera de nosotros con la misma facilidad que la inquietud: así es la naturaleza humana. Apenas llegó Juan Valjean á la calle del Hombre Armado, se disminuyó su ansiedad y se fué disipando por grados. Hay sitios tranquilos que obran como mecánicamente sobre el alma. La calle era oscura, los vecinos pacíficos, y Juan Valjean sintió una especie de contagio de tranquilidad en aquella callejuela del antiguo París, tan estrecha, que estaba cerrada á los coches por una viga transversal, sostenida por estacas; sorda y muda en medio del rumor de la ciudad, con luz crepuscular en medio del día é incapaz de emociones, por decirlo así, entre sus dos filas de altas casas seculares, que se callan como viejos. Hay en aquella calle un olvido silencioso. Juan Valjean respiró, pues. ¿Cómo habían de encontrarle allí?

Su primer cuidado fué poner el *inseparable* á su lado.

Durmió bien. Dicese que la noche aconseja, y puede añadirse que tranquiliza. A la mañana siguiente se despertó casi alegre. Encontró muy bonito

el comedor, que era feo, y estaba amueblado con una vieja mesa redonda, un aparador bajo con un espejo inclinado encima, un sofá apolillado y algunas sillas en que estaban los paquetes que había hecho Santos. En uno de ellos se descubría por la abertura el uniforme de guardia nacional de Juan Valjean.

En cuanto á Cosette, había mandado á Santos que la llevara un caldo á su cuarto, y no se la vió hasta por la tarde.

Hacia las cinco, Santos, que iba y venía muy ocupada en sus quehaceres, puso en la mesa del comedor una ave fiambre, que Cosette consintió mirar por deferencia hacia su padre.

Hecho esto, Cosette, pretextando una jaqueca persistente, había dado las buenas noches á Juan Valjean y se había encerrado en su alcoba.

Juan Valjean había comido un alón con apetito, y puesto de codos sobre la mesa, serenándose poco á poco, iba adquiriendo seguridad.

Mientras hacía esta sobria comida, había oído confusamente dos ó tres veces el tartamudeo de Santos, que le decía:

—Señor, hay jarana; están combatiendo en las calles.

Pero absorto en una porción de combinaciones interiores, no había hecho caso; ó, por mejor decir, no lo había oído.

Se levantó y empezó á pasear de la puerta á la ventana y de la ventana á la puerta, cada vez más tranquilo.

Con la calma iba volviendo á su imaginación Cosette, que era su único pensamiento. No porque le inquietase aquella jaqueca, crisis nerviosa de poca importancia, disgusto de joven, nube de un momento, que duraría uno ó dos días, sino porque pensaba

en el porvenir, y, como siempre, pensaba con dulzura, y no veía ningún obstáculo en que la vida feliz siga su curso.

A ciertas horas todo parece imposible; en otras, todo parece fácil. Juan Valjean atravesaba una de estas horas felices, que suelen venir después de las horas tristes, como el día después de la noche, por esa ley de sucesión y de contraste que está en la esencia misma de la naturaleza y que los hombres superficiales llaman antítesis.

En aquella pacífica calle en que se había refugiado, Juan Valjean se desprendía de todo lo que le había turbado por algún tiempo. Por lo mismo que había visto muchas tinieblas, empezaba á descubrir un poco la luz. Haber abandonado la calle Plumet sin complicaciones ni incidentes, era un buen paso, de hecho. Tal vez sería conveniente salir por algún tiempo é ir á Londres. Pues iría; porque lo mismo le daba estar en Francia é Inglaterra, con tal que tuviese á su lado á Cosette. Cosette era su patria; bastaba á su felicidad; la idea de que él no fuese suficiente para la felicidad de Cosette, que le había asaltado en otro tiempo, siendo su pesadilla, ni aún se presentaba á su ánimo. Estaba, puede decirse, en el *collapsus* de sus pasados dolores; en pleno optimismo. Estando Cosette á su lado, le parecía ser él mismo; efecto de óptica que todo el mundo ha experimentado. Arreglaba con toda facilidad la partida para Inglaterra con Cosette; veía su felicidad construirse sin saber cómo, en la perspectiva de su pensamiento.

Mientras se paseaba de un lado á otro lentamente, su mirada se fijó en una cosa extraña.

Vió enfrente de sí, en un espejo inclinado que estaba sobre el aparador, estas tres líneas, que leyó perfectamente:

«Querido mío: ¡Ay! Mi padre quiere que marche-
mos en seguida. Estaremos esta noche en la calle
»del Hombre Armado, núm. 7. Dentro ocho días es-
taremos en Inglaterra.—COSETTE.—4 de junio.»

Juan Valjean se detuvo aturdido.

Cosette, al llegar, había puesto el cartapacio so-
bre el aparador, delante del espejo, y en su dolorosa
agonía le había olvidado, sin notar que le dejaba
abierto, precisamente por la hoja de papel secante
que había empleado para secar la carta que había
dado al aprendiz que rondaba la calle Plumet. Lo
escrito había quedado marcado en el papel secante.

El espejo reflejaba la escritura.

Resultaba lo que se llama en geometría la imagen
simétrica; de tal modo, que la escritura al revés so-
bre el papel se presentaba al derecho en el espejo;
así, Juan Valjean tenía delante la carta escrita la vis-
pera por Cosette á Mario.

Esto era una cosa muy sencilla, pero muy ter-
rible.

Juan Valjean se dirigió al espejo, leyó las tres
líneas, pero no lo creyó; le parecía que se le presen-
taban en la luz del delirio; era una alucinación, una
cosa imposible, que no existía.

Poco á poco fué precisándose su percepción; miró
al cartapacio de Cosette y adquirió el sentimiento de
la realidad. Le cogió y dijo:—Aquí está la causa.
Examinó convulsivamente las tres líneas marcadas
en el papel secante; pero las letras escritas al revés
hacían unos garabatos confusos y no pudo leerlos.
Entonces se dijo:—Esto no significa nada; no hay
aquí nada escrito. Y respiró con todo el pecho con
indecible alegría. ¿Quién no ha tenido estas alegrías
de necia esperanza en momentos terribles? El alma
no se entrega á la desesperación sin haber agotado
antes todas las ilusiones.

Tenía el cartapacio en la mano y contemplán-
dole, en un estado de feliz estupidez, casi dispuesto á
reirse de la alucinación de que había sido víctima.
De repente su vista cayó sobre el espejo y se le pre-
sentó de nuevo la visión. Las tres líneas se leían con
una claridad inexorable. Esta vez no era ya una ilu-
sión óptica; la reincidencia de una visión es una
realidad; era una cosa palpable la escritura reflejada
inversamente por el espejo. Todo lo comprendió.

Juan Valjean desfalleció; dejó caer el cartapacio
y se recostó en el viejo sofá, al lado del aparador,
con la cabeza caída, la vista vidriosa, extraviado.
Se dijo entonces que aquello era evidente, que la luz
del mundo se había eclipsado para siempre, que
Cosette había escrito aquello á alguno y oyó que su
alma daba en medio de las tinieblas un sordo rui-
do. ¡Id á quitar al león el perro que tiene en su
jaula!

¡Cosa extraña! En aquel momento, Mario no ha-
bía recibido aún la carta de Cosette y la traidora ca-
sualidad se la había dado ya á Juan Valjean.

Juan Valjean no había sido vencido hasta enton-
ces por ninguna de las pruebas pasadas. Se había
visto sometido á ensayos horribles; la desgracia ha-
bía sido pródiga con él; la ferocidad de la suerte,
armada con todas las venganzas y con todos los
desprecios sociales, le había hecho su víctima, encarni-
zándose en él. Pero Juan Valjean no había retro-
cedido ni decaído ante nada; había aceptado por
necesidad todos los extremos; había sacrificado su
inviolabilidad de hombre reconquistada, entregado
su libertad, arriesgado su cabeza; lo había perdido,
lo había padecido todo y había permanecido desin-
teresado y estoico, hasta el punto de haberle podido
considerar fuera de sí mismo como un mártir. Su
conciencia, aguerrida en todos los asaltos posibles de

la adversidad, parecía inaccesible. Pero ahora, cualquiera que hubiera visto su interior, habría podido asegurar que decaía.

Consistía en que de todas las torturas que había sufrido en aquel largo interrogatorio que le hacía el destino, esta era la más terrible. Nunca había sentido otro tormento igual. Toda la sensibilidad latente se conmovía en su interior; iba sintiendo como el latido de una fibra desconocida. ¡Ah! La prueba suma, ó mejor dicho, la prueba única, es la pérdida del ser amado.

El pobre anciano no amaba ciertamente á Cosette más que como un padre; pero, según hemos dicho ya, en aquella paternidad había introducido todos los amores la soledad de su vida: amaba á Cosette como hija, como madre, como hermana; y como no había tenido nunca ni amante, ni esposa; como la naturaleza es un acreedor que no acepta excusa, este sentimiento, el más necesario de todos, se había mezclado con los demás, vagamente, sin conocerlo, puro, con toda la pureza de la ceguedad, espontáneo, celestial, angélico, divino; más bien como instinto que como sentimiento, y aún más bien que como instinto, como un atractivo imperceptible é invisible, pero real. El amor, propiamente dicho, estaba en su gran ternura para Cosette, como el filón de oro en la montaña, tenebroso y virgen.

Recuérdese la pintura que hemos hecho de esa situación del corazón. Entre ambos no era posible ninguna unión, ni aún la de las almas; y, sin embargo, sus destinos estaban enlazados. Exceptuando á Cosette, es decir, una niña, Juan Valjean no tenía en su larga vida nada que amar. Las pasiones y los amores que se suceden no habían dejado en su vida esos matices sucesivos del verde, ya claros, ya sombríos que se notan en las hojas que han pasado el

invierno, y en los hombres que han pasado los cincuenta años.

En suma, toda esa fusión interior, como hemos dicho varias veces, todo ese conjunto, cuya resultante era una gran virtud, concluía por hacer de Juan Valjean un padre para Cosette; padre extrañamente del abuelo, del hijo, del hermano y del marido que había en Juan Valjean; padre en que había hasta una madre; padre que amaba y adoraba á Cosette, y que tenía aquella hija como su luz, su morada, su patria, su paraíso.

Así, cuando vió que todo estaba concluído, que se le escapaba de las manos, que se deslizaba, que se perdía, que era una nube, una corriente de agua; cuando tuvo ante los ojos esta evidencia terrible: otro es el objeto de su corazón, otro es el deseo de su vida; tiene su amor y yo no soy más que su padre; yo no existo ya; no pudo dudar; cuando se dijo: —¡Se va fuera de mí! El dolor que experimentó traspasó los límites de lo posible. ¡Haber hecho todo lo que había hecho para venir á parar en esto! ¡A no ser nada! Entonces, como acabamos de decir, se estremeció de piés á cabeza, rebelándose; sintió hasta en la raíz de sus cabellos que se despertaba el egoísmo, que el yo alzaba su voz en el abismo de su conciencia.

Hay hundimientos interiores. La certidumbre de la desesperación no penetra en el hombre sin separar y romper algunos principales elementos, que son alguna vez el hombre mismo.

El dolor, cuando llega á este punto, da el sálvese quien pueda á todas las fuerzas de la conciencia. Entonces se verifican las crisis fatales, y pocos salen de ellas semejantes á sí mismos y fuertes en el deber. Cuando se desborda el límite del padecimiento, se desconcierta hasta la virtud más imperturbable.

Juan Valjean volvió á coger el cartapacio y se convenció de nuevo, permaneciendo inclinado y como petrificado sobre aquellas tres líneas irrecusables, con la vista fija; formóse en su interior tal nube, que no parecía sino que se derrumbaba toda su alma.

Examinó aquella revelación, al través del aumento que le prestaba el delirio, con una tranquilidad aparente y terrible; porque la tranquilidad del hombre nunca es más espantosa que cuando llega á la frialdad de la estatua.

Midió el gran paso que su destino había dado sin que él lo sospechara; recordó sus temores del verano anterior tan locamente disipados; reconoció el mismo precipicio, con la diferencia de que Juan Valjean no estaba ya en la orilla, sino en el fondo.

Y había caído sin notarlo. Se había apagado toda la luz de su vida, mientras él creía estar viendo el sol.

Su instinto no dudó un momento. Reunió algunas circunstancias, algunas fechas, ciertos rubores y palideces de Cosette, y se dijo:—Es él. La adivinación del hombre desesperado es una especie de arco misterioso que siempre da en el blanco.

Desde su primera suposición, esperaba encontrarse con Mario; no sabía su nombre, pero le conocía y le encontró; descubrió claramente, en el fondo de la implacable evocación del recuerdo, al desconocido rondador del Luxemburgo, á aquel miserable buscador de amores, á aquel vagabundo de novela, á aquel imbécil, á aquel cobarde, porque es una cobardía ir á poner buenos ojos á las jóvenes que tienen á su lado un padre que las ama.

Después que se hubo convencido de que era el mismo, Juan Valjean, el hombre regenerado, el hombre que había trabajado tanto por su alma, que

había hecho tantos esfuerzos para convertir toda la vida, toda la miseria y toda la desgracia en amor, miró dentro de sí mismo y vió un espectro: el Odio.

Los grandes dolores llevan en sí mismos el decaimiento: desaniman; el hombre en quien penetran, siente retirarse alguna cosa. En la juventud, su vista es lúgubre; más tarde, es siniestra. Cuando la sangre está caliente; cuando los cabellos son negros; cuando la cabeza está recta sobre el cuerpo como la llama sobre la antorcha; cuando la rueda del destino tiene aún casi todo su espesor; cuando el corazón lleno de amor tiene aún latidos que pueden renacer; cuando se tiene delante tiempo para repararlos; cuando aún existen para él todas las mujeres, todas las sonrisas, todo el porvenir y todo el horizonte; cuando la fuerza de la vida está completa, si la desesperación es una cosa terrible, ¿qué será en la vejez cuando los años se precipitan cada vez más pálidos, en esa hora crepuscular en que se principian á descubrir las estrellas de la tumba?

Mientras que estaba pensando en esto, entró Santos.

Juan Valjean se levantó y la preguntó:

—¿De quién es esto? ¿Lo sabéis?

Santos, estupefacta, sólo pudo responderle:

—¿Os gusta?

Juan Valjean respondió:

—¿No me habéis dicho que estaban combatiendo?

—¡Ah! Sí, señor,—contestó Santos.—Hacia Saint-Merry.

Hay movimientos maquinales que provienen, á pesar nuestro, del pensamiento más profundo. Sin duda á impulsos de un movimiento de este género, de que apenas tuvo conciencia, Juan Valjean salió á la calle antes de cinco minutos.

Llevaba la cabeza descubierta; se sentó en el escalón de la puerta de su casa y se puso á escuchar.

Era ya de noche.

II

EL PILLUELO ENEMIGO DE LAS LUCES

¿Cuánto tiempo pasó así? ¿Cuáles fueron las ondulaciones de aquella trágica meditación? ¿Se reanimó ó permaneció abatido? ¿Había sido encorvado por el dolor hasta la ruptura? ¿Podía levantarse aún y hacer pie sobre alguna cosa sólida en su conciencia? Ni él mismo hubiera podido decirlo probablemente.

La calle estaba desierta. Algunos vecinos inquietos, que volvían rápidamente á sus casas, apenas le vieron. En los momentos de peligro, cada uno mira sólo para sí. El farolero vino, como siempre, á encender el farol, que estaba colocado precisamente enfrente de la puerta núm. 7, y se fué. El que hubiese examinado á Juan Valjean en aquella sombra, no le hubiera creído vivo. Estaba sentado en el escalón de la puerta, inmóvil como una estatua de hielo: en la desesperación hay cierta congelación. Oíanse el toque de rebato y algunos rumores tempestuosos. En medio de estas convulsiones de la campana que se mezclaba con el motín, el reloj de San Pablo dió las once gravemente, sin apresurarse, porque el toque de rebato es el hombre, la hora es Dios. El sonido del reloj no causó efecto alguno á Juan Valjean;